



Raymundo Riva Palacio

■ La izquierda y su eslabón perdido

Los capitanes de la industria mexicana, reunidos en Monterrey en una cumbre empresarial, repitieron sus lamentos y reiteraron sus viejas peticiones: reformas estructurales y ajuste en el modelo económico. Qué caprichosa es la realidad. Son ellos quienes contribuyeron más a que no haya reformas estructurales ni ajustes en el modelo económico. Piensan, como Carlos Marx, que la política está subordinada a la economía, y por lo mismo, en los últimos sexenios hicieron apuestas equivocadas.

Los capitanes de la industria son quienes apoyaron lo construido por los presidentes para ser beneficiados por la falta de desregulación, que nutrió los monopolios, frenó la competencia y desaceleró el crecimiento. Es contradictorio que Carlos Slim del Grupo Carso, Roberto González Barrera de Gruma y Daniel Servitje de Bimbo, critiquen hoy el modelo que apuntalaron. Sus categorías de análisis, si desean realmente el cambio, también tienen que evolucionar y modificar sus estrategias políticas.

En 2000 apoyaron a Vicente Fox por coincidencias ideológicas —también respaldaron la campaña de Francisco Labastida—, y porque el programa económico era el mismo del PRI neoliberal. Corrieron detrás de Felipe Calderón en 2006, con un activismo del Consejo Coordinador Empresarial, para oponerse al candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador. Fue rescatado por ellos cuando su campaña naufragaba, y al inyectarle recursos avalaron todo por lo que se quejan hoy en día. No se trata siquiera que Fox o Calderón no quisieran hacer nada por las reformas o que los hubieran engañado: La realidad los rebasó y no podían hacer nada, ni en el caso de Calderón, podrá hacer algo importante.

En los sueños sobre lo que se necesita hacer, siempre se recurre a los espejos. El favorito es el de los Pactos de la Moncloa, que en 1977 dieron la estabilización que necesitaba la incipiente demo-

cracia española. Los acuerdos construyeron el entorno sociopolítico que allanó el camino para que Felipe González llegara a la Presidencia del Gobierno en 1982, el mismo año que en Francia, Francois Mitterrand llegó al Palacio del Eliseo. Ambos emprendieron la reestructuración de la economía, la reconversión industrial de sus naciones, y las sacaron del letargo para colocarla en el vagón de la modernidad.

Ni Adolfo Suárez ni Valery Giscard d'Estaing habían podido hacer nada de ello. Tuvieron que llegar dos socialistas para emprender las grandes reformas que necesitaban. No es un mero asunto de ideologías. González y Mitterrand pudieron sacar adelante las reformas estructurales porque eran parte del enjambre de todas las fuerzas que se negaban a un cambio tan radical como el que se proponía. Al ser parte de ese núcleo, disponían de las relaciones y conocían los resortes para presionar a quienes se oponían a la transformación del país. Nunca plantearon un giro al neoliberalismo de

Margaret Thatcher, que lo impuso en el Reino Unido con altos costos sociales, sino un capitalismo humano que no rompiera con el tejido social.

Thatcher, que demostró que también un gobierno conservador con voluntad política puede hacer reformas de fondo, se enfrentó con los sindicatos, dejó ciudades en ruinas y provocó disturbios callejeros. González y Mitterrand hablaron con la clase obrera, que eran sus clientelas electorales, para persuadirlos de que la reconversión industrial, sin bien tendría costos laborales, al final

del día haría viables a sus países y el sacrificio traería beneficios. Deng Xiaoping, que empezó la transformación de la economía china en 1978, decía que para que las siguientes generaciones tuvieran los beneficios de una sociedad mejor, la suya tenía que prestarse al sacrificio. Toda una generación se sacrificó en esas tres naciones. Pero ¿cuántas mexicanas fueron sacrificadas? Más de una, sin llegar a ningún lado.

El nuevo paradigma es Luiz Inácio Lula da Silva, el líder sindical que llegó al poder con el apoyo obrero. Ganó la presidencia en 2002 con un programa que pugnaba por la moratoria al pago de la deuda externa, pero no lo hizo. Se montó en lo que habían iniciado las dictaduras brasileñas y profundizado los presidentes civiles de la

Continúa en siguiente hoja



Fecha 11.11.2009	Sección Política	Página 29
---------------------	---------------------	--------------

transición, para consolidar la democracia y hacer despegar a esa nación. Chocó con sus clientelas obreras, pero las persuadió, las desideologizó, y las llevó por mejor camino.

Todos son casos de éxito, y en todos ellos sus líderes provienen de la izquierda. Los liberales, sobre todo los conservadores, no pueden hacer esas transformaciones radicales porque carecen de las relaciones con los sectores que más se oponen a ellos —los nacionalistas y quienes sienten temor de que no sobrevivirán al cambio—, ni tienen su confianza para establecer una negociación concreta sobre las reformas necesarias, ni les confían su futuro. Para los líderes de izquierda

tampoco es fácil, pero las posibilidades de éxito son mayores.

Los empresarios mexicanos caminaron una ruta equivocada. Apostaron en los agentes políticos equivocados, que son los que más desconfianza y menos credibilidad tienen entre los sectores que tendrían que pagar la primera parte del sacrificio. Ciertamente, en las últimas elecciones algunos coquetearon con López Obrador. En unos, como Slim, su cercanía fue tan notable como su alejamiento, por razones aún desconocidas. Lorenzo Zambrano, de Cemex, lo buscó insistentemente, pero el entonces candidato le dijo que lo atendería hasta pasados los comicios.

López Obrador no parecía ser el hombre que buscaba México. Nunca probó tener el tamaño de González o Mitterrand, ni la visión de Lula. Pero el futuro mexicano exige ese hombre que desde la izquierda encabece

las reformas estructurales que el país necesita para crecer y despertar. El tamiz ideológico no se rige bajo la vieja geometría de capitalistas y co-

munistas, sino en cómo se definen los énfasis en los presupuestos y cómo se establecen los parámetros macroeconómicos. Es decir, la ideología ya no es un determinante antagónico en el mundo actual. El cambio de apuesta para los empresarios es una definición pragmática que hoy sólo tiene un problema, nada menor por cierto: aún no se ve ese hombre de izquierda en el horizonte mexicano. 

rriivapalacio@ejecentral.com.mx
www.twitter.com/rivapa

*El cambio de
apuesta para los
empresarios es
una definición
pragmática que
hoy sólo tiene un
problema, nada
menor por cierto:
aún no se ve ese
hombre de
izquierda en el
horizonte
mexicano*